

**PERDONAME,  
MI BEBÉ.  
UNA SECA MÁS**



**FABIAN ARIEL RENNA**

## PERDONAME, MI BEBÉ. UNA SECA MÁS

El frío de la mañana en San José te entra por las zapatillas rotas, sube por las piernas y se te clava en los huesos. No sé qué hora es. Acá en la Plaza Mitre las horas se miden por las ganas de fumar. Veinticinco años tengo. Me lo repito a veces para no olvidarme, porque cuando me miro las manos o cuando me toco la cara, siento que tengo cien. Soy un envoltorio de piel vieja tirado en un banco de plaza, tapada con una manta que junta olor a pis y a hojas secas.



¿Te moviste, mi amor? Sí, ahí estás. Un revuelo chiquito acá abajo, abajo del ombligo, un cosquilleo medio débil que me da una culpa que me parte al medio. Perdoname, cosita. Perdoname que te tenga acá adentro, en esta trampa. Estás creciendo en un cuerpo que ya no me pertenece, que está tomado por el bicho. Un cuerpo flaco, seco, un esqueleto con panza que arrastra los pies por el cordón de la vereda. A veces me da miedo que heredes este calor ardiente que me quema los pulmones cada vez que prendo el caño. Un calor que no es de abrigo, es un calor de infierno, una sensación de ahogo que te cierra la garganta y te hace creer que te vas a morir ahí mismo, abajo de los árboles de Guaymallén.



Tengo la boca destrozada. Me paso la lengua por los dientes de adelante, por los incisivos, y siento cómo se hamacan. Están flojos, como si fueran de leche, pero no van a volver a crecer. Las toxinas de ese humo rancio te van comiendo la raíz, te van dejando sin nada. El otro día me sangraban las encías y escupí una flema negra, espesa, con hilos de sangre en la tierra de la plaza. Me asusté, pero el susto me duró lo que tarda en venir el antojo. Cuando la cabeza te empieza a taladrar con que necesitás otra seca, no te importa si escupís sangre, si se te caen los dientes o si la panza te tira para abajo.

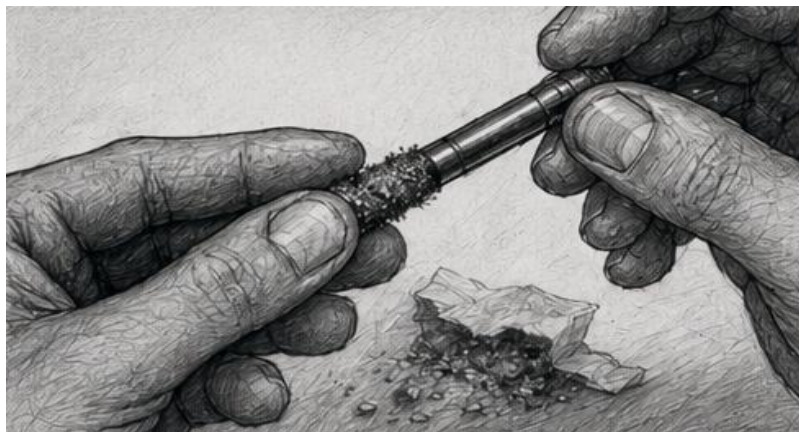
Antes no era así. Hace unos años, la gente tomaba merca para salir, para ir a bailar, para caretear la timidez, para hablar de más en las esquinas. Te daba verborrea, te ponías a charlar con cualquiera y te sentías arriba. Pero esto de ahora... esto que se metió en Mendoza hace un par de años es otra historia. Esto no es para divertirse. Esto te aísla, te mete para adentro, te vuelve loca en cinco minutos. Es una modalidad que cayó como una plaga sobre los guachines de la calle, sobre las pibas como yo que no tienen dónde caerse muertas. Es una porquería barata, un residuo de morondanga que te vuela la cabeza a la estratosfera y te escupe al piso antes de que alcances a suspirar.

Hoy comimos algo de fruta que nos regaló el verdulero José de la calle Godoy Cruz. No tenía hambre, pero él, adentro, parecía que sí.



Tengo la cuchara guardada entre el corpiño y la panza, para que no me la roben mientras duermo. Es mi único capital. El ritual ya lo tengo calcado en la cabeza, una ciencia de la mugre que aprendí mirando a los otros en los pasillos de los monoblocks. Agarrás ese polvillo rancio que te vende el transa, esa porquería que huele a querosene y a veneno. Lo ponés en la cuchara. Le tirás una pizca de bicarbonato, un chorrillo de agua de la canilla de la plaza, apenas unas gotas para que no se rebalse. Y después, el fuego.

El encendedor es lo más difícil de conseguir. Cuando se te acaba el gas, te querés matar. Tenés que andar mendigando una llama a los que bajan del micro o a los que entran a los comercios de la avenida. Ponés la llama abajo de la cuchara y empezás a mirar cómo hierve. El agua burbujea, hace un ruidito blanco, y de repente el milagro negro: la porquería se empieza a separar del líquido, se va concentrando, se va volviendo una piedrita pastosa, oscura, que flota en medio de la nada. La sacás con cuidado, con la punta de un palito o con la uña, la dejás que se enfríe y la molés. Ya está. Ya tenés el crack de los pobres, el paco mendocino, la muerte en cuotas.



Después viene el armado de la pipa. Cualquier cañito sirve. Un pedazo de antena vieja, un tubo de cobre que manosteaste de alguna obra en construcción, lo que sea. Le metés una punta de virulana, esa de limpiar las ollas que le robás a las despensas cuando el verdulero se descuida. La virulana sirve para filtrar, para que la piedra molida no te pase directo a la garganta y te quemee las tripas. Ponés el polvillo ahí arriba, arrimás el fuego, aspirás con el alma... y que Dios te ayude.

La primera seca te pega como una patada de caballo en la nuca. Las pupilas se te abren tanto que parece que los ojos se te van a salir de las órbitas; midriasis le dicen los médicos, yo le digo tener los ojos de vidrio. El corazón se te vuelve loco, te empieza a saltar en el pecho como un pájaro enjaulado. Una taquicardia que sentís que las venas del cuello te van a estallar. Es un golpe eléctrico que te sube derecho al cerebro en un segundo. En ese instante exacto no hay frío. No hay Plaza Mitre. No hay panza de siete meses. No hay hambre. No hay hombres que te manoseen por un billete de diez mil pesos. Sos la reina del mundo, flotando allá arriba, donde nada duele.



Pero el reloj de esta mierda es cruel. Cinco minutos. Cinco malditos minutos dura la fantasía. Podés contarlos con los latidos del corazón. Vas bajando de la estratosfera a la velocidad de un rayo, y el aterrizaje es espantoso. Te viene el bajón, un pozo negro, un vacío que te arranca las ganas de vivir.

De golpe, el calor insoportable se convierte en un temblequeo de frío, la verborrea se te transforma en un nudo en la garganta y te agarra un dolor de cabeza que sentís que te clavan agujas detrás de los ojos.



Y ahí es donde te volvés peligrosa. Ahí es donde perdés el asco y el miedo. Lógicamente querés más. La cabeza no te piensa en otra cosa que no sea salir a comprar más. Es una adicción física y psíquica que te dobla el brazo en quince días. Te agarra un desgano tan grande para todo lo demás, pero una energía desesperada para conseguir la plata. No te importa nada. Si tenés que caminar veinte cuadras con las piernas hinchadas, caminás. Si tenés que arrodillarte en el asiento trasero de un auto mugriento con un viejo que te dobla la edad, te arrodillás y te dejás coger.



Mirá cómo me tiemblan las manos ahora que se me está pasando el efecto. Las llagas de los labios me arden por la saliva. Tengo ampollas y ulceraciones en toda la cavidad bucal porque el caño quema, porque el humo es ácido, porque todo este veneno te va corroyendo por dentro y por fuera.

A veces me dan unas náuseas espantosas, vómitos que me dejan doblada contra el tronco de un árbol, escupiendo la nada misma, porque hace días que no como un plato de comida caliente. Estoy flaca, chiquita, la piel pegada a las costillas, salvo por este bulto redondo que sos vos, hijo mío. Eso es lo que soy.

¿Cómo se sale de esta plaza? A veces miro los autos que pasan por la calle Mitre y pienso que adentro va gente normal. Gente que vuelve a su casa, que tiene una estufa, que se va a cocinar unos fideos, que se acuesta a dormir y duerme. Yo tengo insomnio crónico. No puedo dormir. Si cierro los ojos acá, me roban las zapatillas, me violan entre tres o me mea un perro. El insomnio te va quemando las pocas neuronas que te quedan limpias. Te ponés paranoica. Pensás que la policía te viene a buscar, que los otros fisuras de la plaza te quieren robar la pipa, que el transa te dio una piedra adulterada para liquidarte.

Para conseguir los dos mangos para la piedra, hay que poner el cuerpo. No queda otra. A las pibas de la calle nadie nos regala nada, y menos si estás embarazada. Algunos tipos son unos perversos; les da morbo la panza, te miran con una cara que me da ganas de vomitar ahí mismo. Pero me la aguanto. Me trago el orgullo, me trago el asco, me trago las lágrimas y cobro antes de que arranquen el motor. Con esa plata en la mano, no pienso en comprarme un sándwich, ni una leche para cuando salgas, ni una campera para el frío. Las piernas me llevan solas para la zona donde están los transas. Es un imán. La plata quema en el bolsillo si no se convierte en humo.

Te encontrás chicos de catorce, de quince años armando pipas con virulana en las esquinas de los barrios populares de Guaymallén. Los ves y se te parte el alma, porque sabes adónde van a terminar. Van a terminar como yo, o en una zanja, o en el cementerio.



A veces me acuerdo de cuando iba a la escuela. Llegué hasta segundo año de la secundaria. Después mi vieja se juntó con un tipo que me miraba mal, empezaron los golpes, el hambre, y me tomé el palo. El Estado perdió contacto conmigo hace un montón de tiempo, como dicen las asistentes sociales que a veces dan vueltas por acá. ¿Dónde estaban cuando me dormía en el banco de la escuela porque en mi casa no se podía parar? ¿Dónde estaban cuando empecé a patear la calle a los dieciséis? Ahora vienen con una carpetita a preguntarme qué consumo, a decirme que tengo que ir a un centro de salud, que los primeros quince días de deshabituación son los más difíciles por el síndrome de abstinencia. ¡Qué van a saber ellos de la abstinencia! No tienen la menor idea de lo que es sentir que te arrancan los dientes uno por uno desde adentro de la cabeza, de lo que es el dolor de panza, la hipertensión, el corazón que te late en los oídos como un tambor de murga.

Es fácil hablar desde un escritorio con calefacción. Te dicen que hay que fortalecer las redes, que las instituciones tienen que trabajar juntas, que si las organizaciones sociales, que si los dispositivos de atención. Hablan de las redes como si fuera un árbol de Navidad que se enciende para acompañarte. Pero acá en la Plaza Mitre, cuando se apaga el sol, la única luz que se enciende es la del encendedor abajo de la cuchara. Las luces del árbol de Navidad están muy lejos de San José.

¿Qué voy a hacer cuando nazcas, mi amor? Esa pregunta me da vueltas en la cabeza durante las horas del bajón, cuando el efecto se va y me quedo sola con la realidad. No tengo un pañal, no tengo una cuna, no tengo una mantita limpia para envolvete. Si voy al hospital a parir, los médicos se van a dar cuenta enseguida. Van a ver mis ojos, van a ver mis labio lastimados, van a notar tu peso bajo y me vas a saltar positivo en el control de drogas. Te van a sacar de mis brazos antes de que pueda darte

el pecho. Y tal vez sea lo mejor para vos, Dios mío. ¿Qué vida te puedo dar yo acá, entre el cemento y el pasto seco?

Pero me da una pena tan grande pensar en quedarme sola del todo. Sos lo único mío que tengo. Lo único puro que me queda en este mundo mugriento. A veces sueño que dejo la pipa, que consigo un trabajo de limpieza, que alquilo una pieza aunque sea en el lugar más escondido de Guaymallén y que te crío bien. Pero el sueño dura lo mismo que el viaje: cinco minutos. Después me despierto con el dolor en las costillas por haber dormido en el banco, con el sabor amargo de la toxina en la lengua y con la necesidad metida en la sangre como una lombriz solitaria que me devora por dentro.

La cocaína fumada te destruye las neuronas rápido, eso es lo que dicen. Yo lo noto. A veces me olvido de las cosas, me cuesta enganchar una palabra con otra, me quedo colgada mirando el vacío sin saber qué estaba pensando. Me vuelvo incoherente. Empiezo a hablar sola en voz alta y la gente que pasa caminando con las bolsas de las compras me esquiva, me mira con asco, acelera el paso como si yo fuera un monstruo o una loca peligrosa. No soy peligrosa. Tengo frío, tengo hambre y tengo una adicción que me está matando.

El viento de la tarde empieza a levantar el polvo de la plaza. Los ojos me arden, la luz del sol me molesta, prefiero que oscurezca rápido. En la oscuridad todos los gatos son pardos y es más fácil pasar desapercibida. Voy a ver si pasa algún auto conocido por la esquina. Necesito conseguir la plata para la próxima piedra. El cuerpo ya me lo está pidiendo, me empieza a agarrar ese temblor en las piernas, esa ansiedad que te vuelve loca.

Pasó patinando una nena de unos seis años, feliz junto a su mamá y sus hermanas, creo que es la hija del abogado de la calle Necochea. Me lastima la felicidad de esos niños, vos nunca vas a ser como ellos, en el reparto nos tocaron otras cartas.



*Perdoname, mi bebé. Una seca más. Solo una seca más para apagar este dolor que tengo en el alma, para olvidarme por cinco minutos de quién soy y de dónde estamos metidos. Solo cinco minutos en la estratosfera, y después que sea lo que Dios quiera.*

Si es que Dios sabe que existimos, no lo sé.

*Fabián Ariel Renna  
2026*